

14 A—LA REPUBLICA. Sábado 24 de febrero de 1990

EDITORIAL

Hay que mantener el protagonismo en Centroamérica

Si mañana 25 de febrero Daniel Ortega gana las elecciones, el Presidente de Nicaragua se habrá colocado en posición para asumir, nada menos, que el liderazgo regional como «abanderado» internacional de la paz y la reconciliación. Afirmamos esto con preocupación, pues en tal eventualidad, estaríamos en vísperas de volver a una situación similar, salvo sean las diferencias de contexto, a la prevaleciente antes de Esquipulas II, cuando Costa Rica (y toda Centroamérica), eran percibidas fuera del Istmo a partir de la perspectiva del Gobierno sandinista. ¿Por qué no es exagerado plantearse este escenario?

Durante los últimos meses de 1989 y en lo que va de este año de 1990, tres de los cinco Gobiernos centroamericanos han cambiado de manos o están a punto de hacerlo: Honduras, Costa Rica y Guatemala. Estos cambios, pero en especial las condiciones específicas en que se han producido, auguran la implantación de políticas exteriores de bajo perfil en que los nuevos gobernantes, tal y como algunos de ellos ya lo han adelantado, jugarán un papel mucho menos protagónico.

En el caso de Honduras, cuyo Presidente, Rafael Leonardo Callejas ha expresado interés en asumir las banderas de Oscar Arias según despachos de prensa provenientes de Tegucigalpa, lo cierto es que mientras no se resuelva el asunto «contras» carecerá de la fuerza para hablar con autoridad ante una comunidad internacional que sigue viendo en Honduras un mero «portaviones» norteamericano enclavado en el corazón de Centroamérica.

La situación en Guatemala es mucho más complicada. Habrá elecciones en ese país a finales de año, lo que significa que los próximos diez meses serán, como es natural, de gran efervescencia electoral. Ello volverá aún más débil a Vinicio Cerezo, cuya incapacidad para gobernar a Guatemala se ha hecho evidente en la prepotencia de los militares, el pavoroso aumento en la violación de los Derechos Humanos, el descalabro económico y el desorden en el manejo de la Hacienda Pública. El sucesor de Cerezo, por lo tanto, tendrá las manos llenas cuando asuma el solio presidencial a principios de 1991, más aún si el ganador es el candidato del Partido de Gobierno, sobre quien pesan preocupantes acusaciones por supuestos vínculos con el narcotráfico, que él ha tratado de combatir declarando ser dueño de «manos limpias».

Para Rafael Ángel Calderón, la posibilidad de avanzar en el camino de Esquipulas es problemática. En primer lugar, no querrá asociarse directamente con una iniciativa que, siendo nacional, lleva indeleble el sello arista. Tal y como lo adelantamos hace varios meses, cuando afirmamos que ninguno de los entonces candidatos enfatizaría en su acción gubernamental el tema de la política exterior, la prioridad del nuevo Gobierno costarricense se ha definido en el área económica. Calderón no quiere problemas con Centroamérica, pero sin ejercitar un protagonismo que lo sumerja en las difíciles y tormentosas aguas de la política istmica.

El más veterano de los recién llegados es Alfredo Cristiani. Sin embargo, ¿alguien cree en la capacidad del Gobierno de El Salvador para convencer a unos interlocutores internacionales que aún dudan de la verdadera vocación democrática del Gobierno de ARENA? Con una guerra civil que todavía está lejos de concluir, el Gobierno salvadoreño adolece de una carencia de credibilidad internacional que lo inhibe para encabezar el esfuerzo por la paz en la región.

En suma, de los cinco países centroamericanos, tres, El Salvador, Honduras y Guatemala no tienen posibilidad ninguna de ser interlocutores válidos, autorizados y reconocidos, que den sustento a las tesis democratizadoras y pacificadoras de Esquipulas. Otro país, Costa Rica, se mantendrá en la periferia del Plan de Paz, en una actitud de prudente desinterés. Ello nos lleva al quinto país, Nicaragua.

El activismo internacional ha sido arma preferencial de la estrategia sandinista, su primera trinchera contra la agresión externa y, como lo han demostrado diez años de revolución, un poderoso instrumento de persuasión en los escenarios de la política mundial. La diplomacia sandinista es, quizá, la mejor del Istmo gracias a lo que fue un generoso financiamiento del Este europeo y la supervisión de la inteligencia cubana. Los sandinistas saben que para Nicaragua, la política exterior es prioridad incluso sobre la recuperación económica. Se puede postergar el pan, pero no la legitimidad internacional.

Por eso es que, ganadas las elecciones, veremos casi inmediatamente un repunte del activismo diplomático de los sandinistas, el cual, dicho sea de paso, será recibido con sumo beneplácito en Europa, Estados Unidos y América Latina. Daniel se presentará al mundo como el representante dilecto de la «perestroika tropical» que Fidel se resiste, empecinadamente, a adoptar; el sandinista de rostro humano, curtido ahora por la democracia electoral; el abanderado del verdadero socialismo democrático latinoamericano, hoy maltrecho por la retórica aprista, la ineptitud de radicales y adecos, el fin del torrijismo y el neomonetarismo liberacionista.

Este escenario regional demanda del nuevo Gobierno costarricense imaginación y decisión. Consideramos indispensable que el Presidente Electo y el Canciller Designado reconsideren la anunciada postura de «bajo perfil» en política exterior y la sustituyan por otra, más agresiva y dinámica, que impida que las fuerzas menos democráticas, puedan ganar la última pero más importante de las batallas de Esquipulas: la de la credibilidad.

Claro que el cuadro de la presunción del gane sandinista, que entre paréntesis no parece convencer ni al propio Oscar Arias, podría torcerse. Pero, en realidad, ¿la UNO puede en su archipiélogica constitución, hacer volcar al electorado de Nicaragua sólo porque el cansancio de 10 años de totalitarismo, les hace desear un cambio? ¿Eso está por verse mañana!

LR-24-2-90